

## Interpretación de los Universos Múltiples

Frecuentemente nos vemos obligados a elegir entre los diferentes caminos que parten de las encrucijadas por las que pasamos en el transcurso de la vida. Después de sopesar los pros y los contras, la mayor parte de las veces sin hacerlo, elegimos uno y lo seguimos sin pararnos a pensar más adelante cómo nos hubiera ido de haber elegido otro distinto. De hecho, fue Hugh Everett, conocido físico norteamericano, quien, al doctorarse a mediados de los cincuenta en Princeton, propuso la siguiente teoría: puesto que, en el mundo cuántico, cada vez que se observa un determinado evento se obtiene un resultado distinto, aunque perteneciente siempre al entorno de los posibles, asignemos una copia del observador a cada superposición observada, de forma que se creen tantos universos como alternativas tiene el evento<sup>(1)</sup>.

Según esta teoría, conocida también por sus siglas, IMM (Interpretación de los Universos Múltiples), las distintas identidades creadas a partir del evento seguirían desde ese instante caminos independientes. Pero, de ser así, ¿cómo es que no vemos a todas esas identidades gemelas deambulando entre nosotros? En mi opinión, esto podría explicarse de la siguiente manera: al igual que no vemos a alguien que ha pasado unos minutos antes por el lugar donde nos encontramos —porque se ha producido entre ambas presencias el desplazamiento de alguna de las cuatro dimensiones que nos localizan, en este caso la del tiempo—, las diferentes identidades tampoco llegarían a verse entre ellas, al ubicarse en las distintas capas de una nueva dimensión, ¿la quinta?, ¿la

novena?, por la que, a partir de su desdoblamiento, se moverían. En otras palabras, que cada copia del observador viviría una vida completamente independiente, de acuerdo con la particular orografía del camino elegido.

Pero demos un paso adelante y hagamos la siguiente consideración: ¿y si, pasado algún tiempo, el camino elegido por una de las distintas identidades comenzara a empinarse, a estrecharse, a torcerse de tal modo que resultara insufrible su tránsito? ¿Podría dicha identidad desandar el camino hasta llegar a la encrucijada en la que se había extraviado, para elegir otro destino? O, de no ser esto posible, ¿podría, al menos, buscar un atajo que le llevara directamente a otro camino más ventajoso, de entre todos los que allí se iniciaron?

Una vez aceptado el hecho de que las leyes que rigen el universo son únicas y, en lo esencial, independientes de la escala, no nos quedaría más remedio que admitir alguna de dichas hipótesis y aplicar en nuestro mundo lo que, como ahora sabemos, viene ocurriendo desde siempre en el cuántico. De hecho, este concepto tan aparentemente novedoso viene siendo utilizado desde hace poco tiempo en otro ámbito: el de la informática: las encrucijadas donde tomamos un nuevo camino, y a las que más tarde es posible volver si surgen problemas, se denominan puntos de restauración en el entorno de Windows. Los motivos por los que la empresa fabricante, Microsoft, ha implementado esa opción son totalmente equiparables a los que también lo aconsejarían en nuestra vida, y vienen a ser que, cuando instalamos un nuevo programa en el ordenador, introducimos un importante factor de incertidumbre que puede comprometer la viabilidad del sistema. Ello es debido a que, una vez puesto en marcha, el procesador va ejecutando las órdenes que recibe, sin preguntarse si éstas son provechosas o no para el equipo. En previsión del segundo supuesto, de que los cambios introducidos puedan perjudicar más adelante al equipo, el sistema operativo salva la configuración existente antes de introducir el cambio, por si fuera necesario volver más tarde a ella.

De ser ese el caso, de poder aplicar en nuestro mundo lo que ya hemos visto que funciona en otros, cuando algún serio contratiempo, por ejemplo un troyano del amor<sup>(2)</sup>, pusiera en peligro el normal desarrollo de nuestra vida,

siempre podríamos regresar al lugar donde antes nos encontrábamos seguros, o buscar hospedaje en alguna de las otras identidades que, en la encrucijada donde se produjo la infección, no escucharon la llamada del amor y tomaron distinto camino. En este sentido, además de las cuatro dimensiones que hasta ahora nos definen, tendría que existir, al menos, una quinta en la que nuestras identidades pudieran cruzarse. No sería extraño, por ejemplo, que al compartir la sustancia de la que están hechos, todos los sueños deambularan por una misma capa. A ese respecto, es probable que en el subconsciente de los huéspedes que parten de una misma encrucijada, quede siempre una sombra de duda sobre la bondad del camino elegido. Aprovechando ese estado de incertidumbre y la poca vigilancia que, según el doctor Sigmund Freud, suele proteger nuestra identidad en los estados de vigilia, podríamos colarnos en dicha dimensión a través de las grietas que, una vez producido el contacto, se pudieran abrir en los sueños. O, para ser más exactos, y dado el lamentable estado en el que llega al menos uno de los caminantes, a través de las grietas abiertas en las pesadillas.



Pero, ¿y si pasados los primeros instantes de incertidumbre (en los que previsiblemente se produciría una confrontación entre las identidades gemelas), la identidad triunfadora, al contrario de lo que suele suceder en otras contiendas, fuera la identidad invadida? Hay que tener en cuenta a este respecto que fue precisamente la ventajosa posición de ésta la que incitó a la invasora a hacer el viaje. Si así sucediera, si la identidad invadida repeliera finalmente el ataque, entonces a la identidad invasora no le quedaría más remedio que cohabitar el mismo cuerpo, quedando constreñida a aflorar sólo en aquellos momentos en los que, por sufrir algún contratiempo, quedara debilitada la identidad vencedora. Esto podría explicar la aparición de algunas esquizofrenias que, por no responder a ningún tratamiento, los psiquiatras suelen calificar de incurables.

Pero, con independencia de cómo se acomoden las dos identidades en el cuerpo invadido, ¿cual sería la situación en la que queda el cuerpo abandonado por el invasor? Porque, si descartamos la ficción y la forma de comportarse de algunos políticos incondicionalmente sometidos a la ideología de su partido, que yo sepa nadie ha visto a otros cuerpos vacíos deambulando por la calle. Sin una voluntad que le anime, un cuerpo vacío estaría condenado a la eterna quietud. Seguramente por eso, aquellos viajeros que estén al tanto del procedimiento, antes de partir, procurarían ponerse al resguardo del mundo, para ahorrarles un mal rato a sus allegados. Los que decidan emprender el viaje sobre la marcha, sin embargo, quedarían postrados en el mismo lugar desde el que partieron, y, en consecuencia, a sus allegados no les quedaría más remedio que llevarlos a un hospital. Al cabo, siguiendo el primer principio de la termodinámica, todos los cuerpos se marchitarían como flores.

En cualquiera de los casos, como hacen por ejemplo los astronautas, cualquier persona que vaya a alejarse algún tiempo de su casa procura entrenarse concienzudamente para estar seguro de que, si el viaje se tuerce, podrá regresar al punto de partida. Aunque el fin último de un *viaje everett* es quedarse en el nuevo destino, tampoco debe descartarse el entrenamiento para, en caso de surgir algún contratiempo, como el de no ser acogido por la identidad invadida, poder encontrar el camino de vuelta. Resulta conveniente, por tanto, que el cuerpo vacío quede almacenado en un lugar seguro, por si tuviera que ser de nuevo habitado.

**Para El segundo mandato / Jotabrun**

#### NOTAS

---

(1) Como ya ha sucedido otras veces cuando se publican teorías tan novedosas (Galileo y la redondez de la tierra, Darwin y el origen de las especies), la Interpretación de los Universos Múltiples de Hugh Everett también fue rechazada por el entorno científico de su época. Según he

leído hace poco, con el paso del tiempo ésta ha ido siendo aceptada por investigadores de la talla de Richard Feynman y de Stephen Hawking.

(2) Los psicólogos especializados en terapia de pareja llaman troyano del amor a un virus que, aprovechando la gran vulnerabilidad que presenta una persona enamorada, entra en su cuerpo y va poco a poco debilitando la identidad del infectado hasta que, finalmente, la persona que le ha inoculado el virus toma el timón de su vida.